

BIBLIOTECA SELECTA

FLORES DE JUVENTUD



RAMÓN SOPENA

PROVENZA 93-97
BARCELONA

12 C-1 bis
53



00040654

APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTIN MAS FOLCH

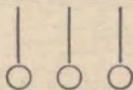
Barcelona 21 de septiembre de 1917.

IMPRIMASE

EL VICARIO GENERAL,
JUSTINO GUITART
POR MANDATO DE SU SRÍA.,
RAMÓN M.ª FERRAN
Vice Canc.

BIBLIOTECA SELECTA

27/05/36



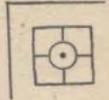
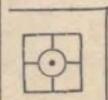
año 1936

— — — — — X FLORES
DE JUVENTUD

29.111



BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97
1930



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Derechos reservados.

FLORES DE JUVENTUD

El hotel Rington está repleto de huéspedes.

Desde tiempo inmemorial, cuando el palacio de hoy no era más que una modesta casa de viajeros, con sus pasillos largos, angostos y oscuros, y a cada lado de ellos la hilera de puertas estrechas y mal pintadas, que daban entrada a un cuartito bajo de techo y paredes empapeladas, el público habíase interesado por la prosperidad de este establecimiento, no permitiendo que tuviese una sola habitación desalquilada. Indudablemente, el público no buscaría el enriquecimiento

del negociante en cuartos de dormir y en comidas de figón, sino que procuraría la propia economía; ya que míster Rington, tatarabuelo del actual dueño, proporcionaba habitación, cama, comida, y no sabemos si también ropa limpia, por un precio irrisorio que llegó a la popularidad. En Londres cantaban hasta los chicos esta còpla:

*Míster Rington está loco
y echará su casa a pique.
¿Hay quién dé cama y comida
tan sólo por un penique?*

Claro está que lo del penique sería una exageración, y que los ingleses que inventaron la copla serían tal vez andaluces disfrazados; pero esto nos da una idea de los precios de la casa.

A ella iban a parar en aquellos lejanos tiempos, compañías enteras de comedian-

tes, titiriteros, vendedores ambulantes, músicos callejeros y toda clase de artistas, que hubieran dado gracias a Dios si hubieran nacido camaleones para vivir del aire, en el caso de que no fuese uno de tantos errores del vulgo eso de que tales animales vivan de manera tan sencilla y, sobre todo, tan económica.

En la posada Rington entablaron mutuas amistades que tuvieron como final un triunfo artístico, o concertaron el matrimonio incipientes artistas de uno y otro sexo, que la historia y la crítica han calificado de eminentes, porque realmente llegaron a las altas cumbres de la gloria.

Hoy está convertida la posada en un grandioso edificio, levantado de nueva planta por iniciativa de un nieto del fundador; un verdadero palacio rodeado de extensos y frondosos parques y jardines, al final de los cuales hay un inmenso lago, y en derredor de sus tranquilas y crista-

linas aguas, pequeños y elegantes hotelitos para comodidad de las familias que quieren vivir aisladas de los que habitan el cuerpo principal del gran hotel.

Este sigue siendo frecuentado por artistas, que ahora son de primer orden, y por algunas personas de la aristocracia, la banca y la milicia, la mayor parte de las cuales se hospedan, o simplemente comen allí, por conocer de cerca a los intelectuales, y trabar amistades y relaciones con ellos.

Allí están, en la época a que se refiere esta historia, todos los primeros elementos de la compañía que actúa en el Circo Belfort. El empresario míster Raymond, con su señora e hija; la señora Louguin, domesticadora de perros y gatos, con su cuñado, el renombrado acróbata y equilibrista míster Louguin; la inimitable funámbula miss Rixley, y la intrépida domadora de leones, miss Lovers.

Los únicos, entre éstos, que se permiten el lujo de pagar hotelito en torno del amplio lago, son el empresario y la domesticadora de perros y de gatos ; el primero, porque el negocio, según afirman los que se ocupan en asuntos ajenos, le ha ido hasta hace poco viento en popa ; la segunda, porque, además de lo que le producen sus propios trabajos y los de su hermano político, hace ocho años que se casó con un capitán de caballería, que hoy es comandante en el frente de batalla, y envía a su familia la mayor parte de su respetable sueldo. El militar conoció a la domadora precisamente en el hotel Rington ; eran de una misma nación, y en Londres se reunieron, ella, porque a la sazón estaba contratada en el Circo, y él, porque sus aficiones militares le habían llevado a estudiar asuntos profesionales.

En las horas de asueto y descanso, cada artista se dedica a la distracción, al traba-

jo o esparcimiento que más le agrada : la señora Louguin a jugar con sus perros algún ratito, y muchas mañanas a ver a sus dos hijos mayores en el colegio politécnico londinense, o al más pequeño, al que cría un ama en uno de los pintorescos pueblecitos cercanos a la capital ; su cuñado, a ejercitarse en la equitación, por si le llaman pronto, como se dice, a defender su patria. Miss Lovers se dedica a pasear.

¡ Oh ! El paseo es, para miss Lovers, una necesidad. ¿ Permanecer en el salón, columpiándose en una mecedora o arrellanada en una butaca, soportando conversaciones casi siempre insubstanciales, teniendo que sonreír sin ganas, o que mostrarse seria cuando la alegría le retoza el pecho ? De ningún modo. Nada de convencionalismos ridículos. No quiere ser ella ni un león de jaula, de esos que trabajan bajo el mandato de la domadora, ni un león en plena libertad, con el

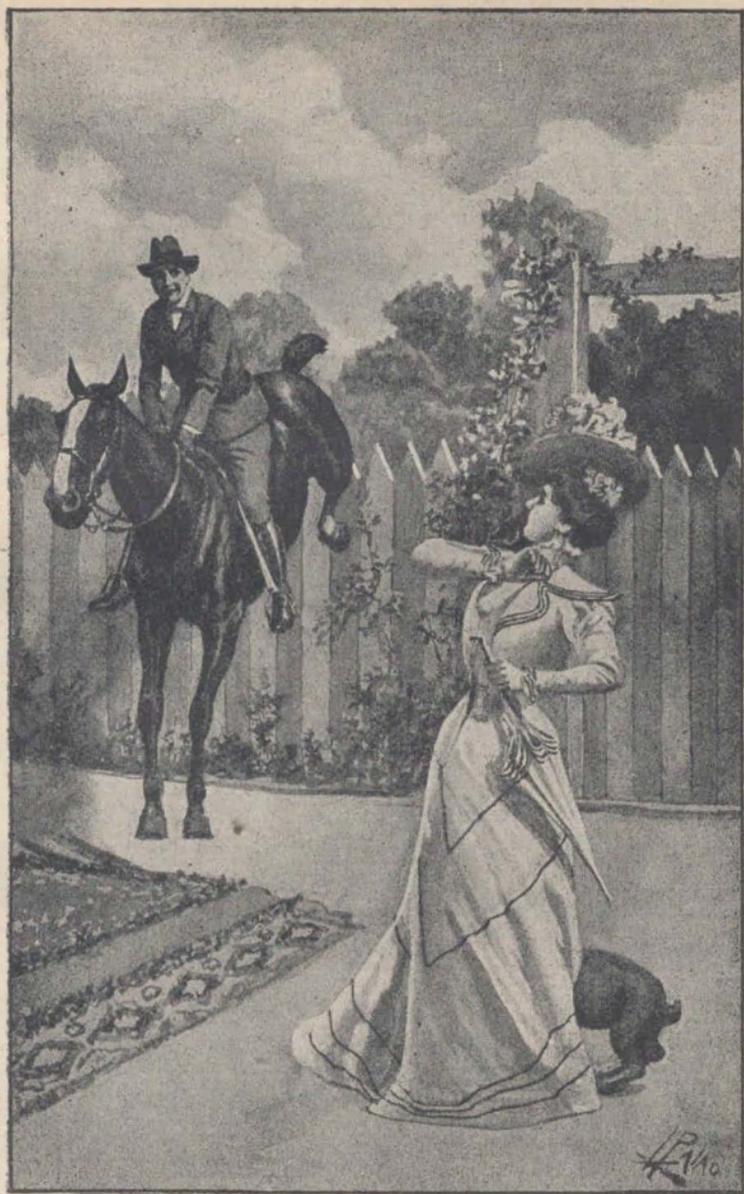
salvajismo de la selva. Miss Lovers reflexiona y dice que, teniendo inteligencia, gozando de razón, ni debe someterse a caprichos de domadores de seres racionales, que son muy numerosos, ni correr por los montes como indómitas cabras. La santa independencia, y nada más. Y como esta independencia no la logra en una sociedad en que, obsesionada quizás por su arte de domadora de fieras, no ha encontrado otra clase de hombres, y hasta de mujeres, que la de dominadores y dominados, de aquí que procure rehuir el trato de unos y de otras cuanto puede, y sale de paseo, solita, sombrilla en mano, y, algunas veces, en compañía de un perrito cariñoso que no dice tonterías ni finge amistades, mentirosas por ser artificiales, ni la molesta con ditirámicas adulaciones. Y así pasa ratos deliciosos por los sombreados parques y floridos jardines del hotel Rington.

Durante uno de esos paseos, en una de tantas mañanas apacibles y encantadoras en que la niebla se transparentaba lo bastante para dar paso a una luz clara y viva que poetizaba el paisaje del Rington Park, miss Lovers recibió un susto tremendo.

Abismada como iba en sus continuas meditaciones acerca de la fiereza humana, incomparablemente mayor y más terrible, en su opinión, que la de los leones, oyó un formidable estrépito a su derecha. Un jinete, montado en brioso corcel, había saltado la valla que separaba los pacíficos jardines del parque de *sports*.

Miss Lovers levantó airada su brazo, como si empuñara con su mano el látigo de domadora, creyendo que una fiera se le venía encima; y al ver al jinete, díjole en tono severo:

—Caballero, ha cometido usted una im-



—Caballero, ha cometido usted una imprudencia... (Pág. 12.)

prudencia, montando irreflexivamente a caballo fuera de la pista.

—No tema, miss Lovers ; sabía que estaba usted aquí y he querido darle una sorpresa ; nada más que una sorpresa— replicó el joven sonriente.

—Las hay desagradables, por la forma ; y ésta es una de ellas. Sin ser muy práctico, es muy fácil confundir la sorpresa con el susto.

—Dispéñeme, miss Lovers, ya que a lo desagradable de la forma no he unido la fealdad del fondo, es decir, de la intención. Quise darle una grata sorpresa, suponiendo que, entre los jóvenes que usted habrá visto y tratado desde su niñez, no estaría yo incluido en su lista de hombres-fieras...

—No he clasificado a usted todavía. Sin embargo, para cuando llegue el momento de hacerlo, tengo ya de usted este dato

sorprendente—dijo miss Lovers con ironía.

—¿Me permite usted una afirmación a propósito de clasificaciones?

—Supongo que no se tratará de otro susto como el que me ha dado...

—Lejos de mi ánimo tal idea. Se trata de la clasificación que he hecho de usted.

—¿De mí? No soy muy curiosa, ni me interesa saber lo que piensan de mí los demás, mientras tenga tranquila la conciencia; pero... puede usted hablar...

—Pues bien; yo he estudiado algunos detalles de su manera de ser, y juzgo, contra la mayoría de los jueces espontáneos, que, a pesar de ser domadora de leones..., tiene usted un bellísimo y dulce corazón...

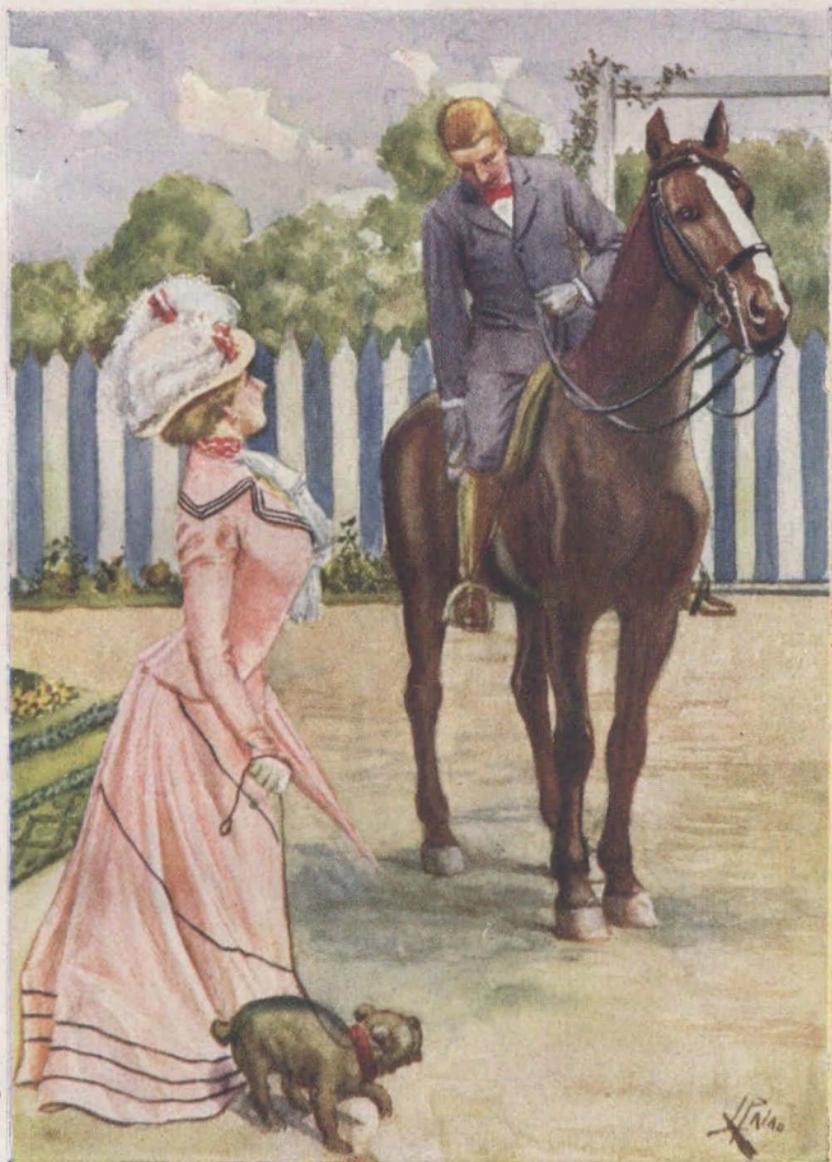
—¿Tan cruel me juzgan... los que no me conocen? ¿Es crueldad sufrir sus impertinencias tal vez? El mismo motivo tienen esos señores para juzgarme como

mujer de corazón duro, que usted para creerme dotada de un corazón de almíbar. Tal vez los primeros tengan más razón, puesto que la esquivéz se juzga como fiereza... En cuanto a usted... ¿he mostrado a alguien, acaso, mi corazón adornado de ternuras y sonrisas?—preguntó un poco seria miss Lovers.

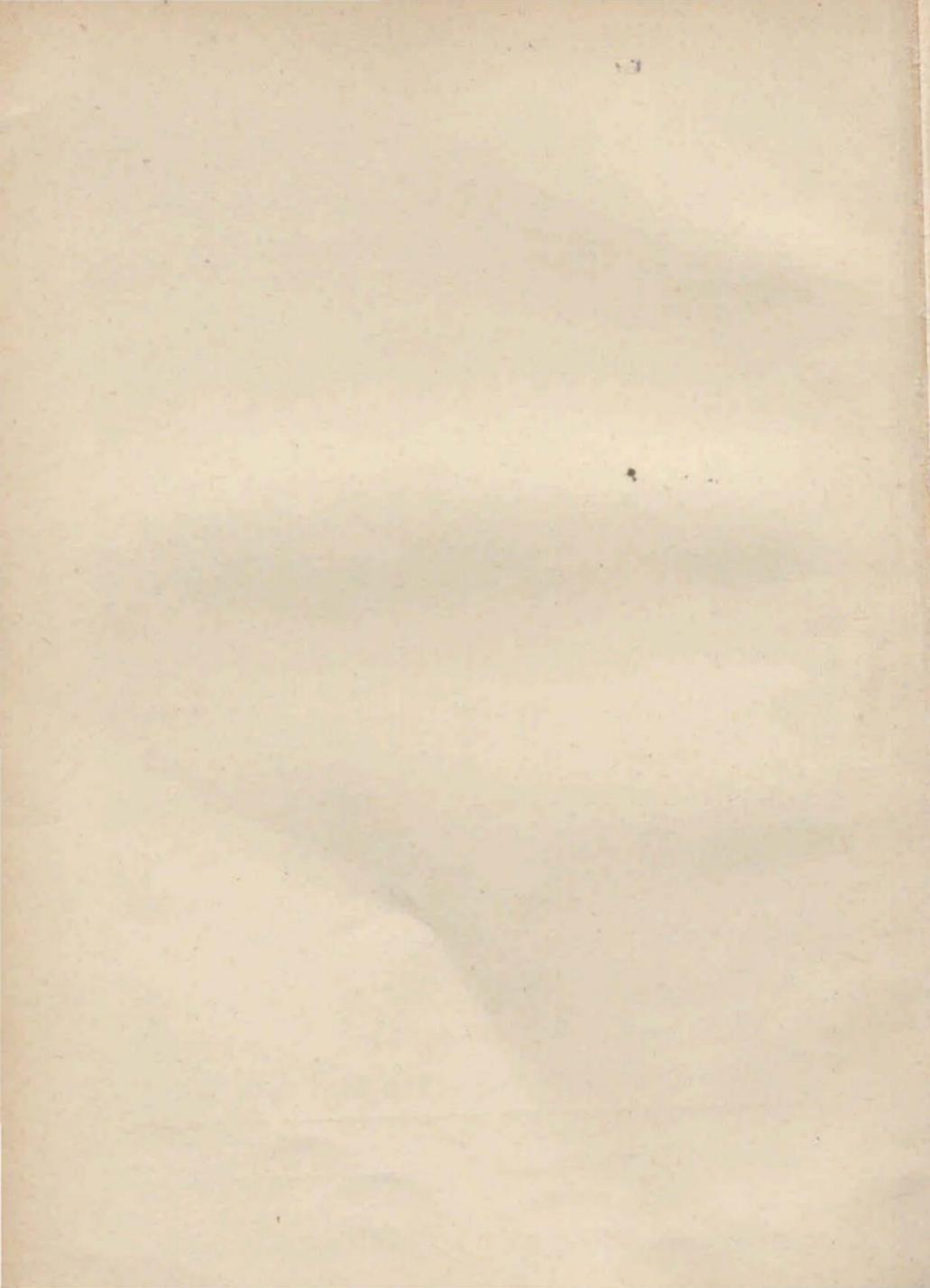
—Se ha mostrado usted dura, inflexible y severa ante los hombres, lo mismo que ante las fieras; pero yo he visto salir de su corazón un destello de apacible bondad... de cariño... de afecto...

—¿Y a dónde iba dirigido ese destello?

—¡A ese perrito que la acompaña! Una señorita que mima a su perro, tiene un corazón en el que, tarde o temprano, florecerá el verdadero amor. Quizás cometa usted una injusticia ahora prefiriendo a ese animalito... quizás no la cometa, si la experiencia le ha enseñado que la mayoría de los mortales estamos educa-



...saludó cortés y amablemente, y marchó... (Pág. 18.)



dos en la escuela del egoísmo ; pero, créame : como hay excepciones, y éstas han de cruzarse en su camino, ese corazón que sonrío a un humilde perrito, llegará algún día a aborrecer a las fieras, mejor dicho : se apartará de ellas, porque no cabrá en él el aborrecimiento, ni siquiera hacia las bestias salvajes, y amaré dulcemente a sus semejantes ; que... no son tan fieros como alguien se figura...

—Actúa usted de profeta, y ya sabe que ese oficio tiene muchas quiebras cuando se trabaja por cuenta propia. Vaya usted con Dios, y, en adelante, en vez de dedicarse a dar volteretas en el Circo, y sorpresas a la domadora de leones, anuncie-se como adivinador y vidente de lo futuro... ; pero procúrese antes una buena renta para vivir, pues lo que es como adivinador.....

Míster Louguin, que era el jinete, salu-

dó cortés y amablemente, y marchó en busca de una puerta que diese salida hacia el parque del hotel Rington.

II

Miss Lovers pagó cara la debilidad de haber conversado un rato con míster Louguin.

No hubo un solo día, lo mismo en el Circo que durante el acostumbrado paseo por los jardines, en que no se encontrase frente a frente con aquel joven. Ella misma advirtió el peligro que hay en entreabrir una puerta, aunque no sea más que para cambiar unas palabras con el que ha llamado a ella, cuando se pretende vivir sola e independiente.

Se necesita una extraordinaria fuerza de voluntad para cerrar con gruesos ce-

rojos, o a piedra y lodo, y para siempre, la puerta que se entreabrió en un momento de curiosidad o de inconsciencia.

En miss Lovers el peligro era remoto, por la gran experiencia que había adquirido en sus frecuentes observaciones acerca de la psicología masculina. En una jovencita que da sus primeros pasos por el camino de la vida del mundo, suelen ser, frecuentemente, funestas las primeras palabras cruzadas con jóvenes cuyo fondo de moralidad es desconocido. Las primeras palabras descubren muchas veces la puerta secreta de los corazones juveniles que, desde aquellos momentos, reciben impresiones de fuera, sensaciones extrañas que suelen llevar oculta en su envoltura de mieles el acíbar de los primeros desengaños.

Esto no quiere decir que la mujer, desde niña, sea huraña y rehuya toda clase de sociedad con seres de sexo diferente ;

sino que el recato, el prudente recelo, el sabio consejo de los padres, deben regular siempre las relaciones y amistades de la juventud, especialmente las primeras, que, por ser las más deseadas y las que impresionan con más fuerza el corazón, suelen ser las más duraderas y, si son malas, las más funestas.

Las jovencitas deben ser como huertos cerrados en donde crezcan y se desarrollen lozanas las flores de los buenos sentimientos, y de los puros amores; flores tiernas y delicadas que marchita el soplo de la pasión cuando penetra prematuramente por las rendijas de una puerta que no está bien vigilada.

Miss Lovers estaba arrepentida de haber dado conversación, con relativa amabilidad, a aquel joven, que le resultaba molesto e importuno, pues no la dejaba ni a sol ni a sombra. Era tarde ya para cerrar herméticamente la puerta.

Sin embargo, durante un paseo matinal por la terraza del hotel, cuando estaba abstraída en la contemplación de la ciudad de la niebla, miss Lovers creyó, por un momento, que podía volver de nuevo a su amada soledad, libre de pesados acosadores.

Míster Louguin había subido también a la terraza. Poco a poco fué acercándose a la joven hasta que, al llegar junto a ella, se permitió dirigirle frases algo atrevidas.

Miss Lovers volvióse hacia él indignada, alzó su mano hasta colocarla pegada al rostro del joven, y dijo con gran energía :

—Para domar fieras tengo mi látigo. Para domar jóvenes atrevidos, me basta con la mano... Espero que no dará lugar a que haga de ella el uso que usted merece.

Míster Louguin quedó como petrifica-

do. Jamás había pasado por su imaginación la idea de que pudiese haber una joven criada y educada entre artistas de circo, acostumbrada a las ligerezas de los que, a fuerza de divertir a los demás, conviértense en gente voluble, indiferente, y de dudosa moralidad, que fuera capaz de repeler, con tales muestras de energía, una frase liviana, unas palabras menos irrespetuosas tal vez que las que el payaso de la compañía habríale dirigido en público centenares de veces después de un ejercicio en la jaula de los leones, sin la más mínima protesta por parte de la domadora ni de los espectadores.

Entonces fué cuando míster Louguin comprendió el respeto que merece una mujer, y que debe ser aún más profundo si ella es artista, vive sola, y es laboriosa y se defiende, con su intachable conducta y su voluntad de hierro, contra las asechanzas y peligros que la malicia y el



...alzó su mano hasta colocarla pegada al
rostro... (Pág. 21.)

atrevimiento de una juventud degenerada e inmoral van esparciendo por su senda de trabajo en aras del arte y de la lucha por la vida.

Míster Louguin pidió humildemente perdón a miss Louvers, prometiéndole solemnemente que jamás pronunciaría en su presencia una sola palabra que pudiera herir su honor y su dignidad.

Miss Lovers, por su parte, conoció que aquel joven había cometido una falta en un momento de irreflexión, y le absolvió, y hasta quedó prendada de aquella hermosa cualidad por la que míster Louguin, en vez de irritarse, humillóse hasta la exageración, dando pruebas señaladas de poseer una alma dócil y un corazón tierno y abonado para la rápida germinación del bien.

«¡ Oh culpa feliz !» podría haber exclamado míster Louguin si hubiera adivinado los sentimientos que despertó su hu-

mildad en el corazón de miss Lovers...

Pero no fué adivino, y retiróse pensando en poner, en adelante, todos los medios posibles para borrar, hasta de la memoria de la joven, la falta de respeto que había cometido contra ella.

III

Por aquellos días empezó en el país la movilización de los jóvenes aptos, por su edad y condiciones físicas, para la guerra.

Las madres, las hermanas y las prometidas de los que se presumía iban a ser movilizados, iban y venían desde su casa a las oficinas en busca de noticias. Antes y después, visitaban los templos para implorar del Señor que mitigara sus penas.

Las que recibían malas impresiones en los centros oficiales, salían de las oficinas

y de los templos profundamente consternadas.

También míster Louguin había recibido, por aquellós días, la orden de incorporación. Inmediatamente debía marchar a su país. Su cuñada quedó medio muerta de pena al ver que se ausentaba el único apoyo que le quedaba. Su esposo estaba en el frente de batalla. ¿Qué sería ahora de ella si cayera enferma? ¿Qué de sus hijos?

También entristeciése mucho al saberlo miss Lovers, que se interesaba en gran manera por el acróbata y equilibrista desde que le dió en la terraza tan dura y tan eficaz lección.

Casi al mismo tiempo de los anuncios de movilización, el empresario lanzó en medio del grupo de artistas una bomba. El Circo Belfort cerraba sus puertas durante algún tiempo. Malas lenguas dijeron que el negocio iba mal y que el cierre



Las madres, las hermanas y las prometidas... (Pág. 25.)

respondía a una necesidad : la falta de capital suficiente.

Miss Lovers, que fué una de las primeras en conocer la fatal nueva, aunque el estado de su fortuna no era por entonces alarmante, temió que el cierre fuese permanente y determinó consultar el caso con la funámbula, miss Rixley, joven que en diversas ocasiones habíale dado pruebas de confianza, talento y cordura.

Un día mandó aviso a su compañera para que la esperase por la tarde en su habitación.

A la hora fijada, las dos jóvenes hallábanse sentadas frente a frente, saboreando el aromático te y las sabrosas pastas.

—Supongo que sabrá usted la fatal noticia—dijo miss Lovers.

—¿La de nuestra cesantía?

—Eso es. La de nuestra cesantía.

—¿Qué vida más azarosa la nuestra!— exclamó miss Rixley—. Explotadas por

empresarios que ni aun con nuestros sacrificios pueden evitar sus quiebras, divirtiéndose al público que, si una no está afortunada en los trabajos, la sisea si es respetuoso, o la silba si no lo es (y algunas veces no lo es), y luego, cuando una menos lo piensa... ¡a la calle!

—Los hombres pronto se abren nuevos caminos; pero nosotras...

—¡Ah! Y menos mal la que ejecuta trabajos como los de usted. Si yo, en vez de ser funámbula, fuese domadora de leones, no me apuraría...

—¿Y por qué?

—Pues porque la mayor parte de los espectadores prefiere los ejercicios de valor a los de destreza. El de usted participa de ambos méritos; el mío es cuestión de equilibrio... y... ¡ay! en cuestión de empresas, es un equilibrio inestable...

—Por Dios; no diga usted eso. Yo he

oído frenéticos aplausos como recompensa a sus arriesgados ejercicios.

—Arriesgados, dice bien. Únicamente se aplaude el riesgo cuando le hay. ¿Que ven la red debajo del alambre? Aplausos tibios. ¿Que desaparece la red y se pone en peligro de caer y aplastarse en medio de la pista? Aplausos nutridos. El público es así...

—Una colección de fieras ávidas de sangre ajena... Cada día estoy más contenta de mi trato casi único con mis leones. Estos no engañan. Los conozco y los domino. Pero a los hombres...

—¡Vamos! amiga mía... Yo creo que domina usted leones y... ¡cachorros!

—Si no se explica... —replicó riendo miss Lovers.

—Cachorros... como un joven que yo conozco y que usted conoce también.

—¿Se refiere a...?

—Sí, a míster Louguin. Ese no es lo que



—¡Vamos! amiga mía... Yo creo que domina
usted leones y... ¡cachorros! (Pág. 30.)

era ; está completamente domado. ¡ Hace honor a la habilidad de usted ! Y... créalo : habrá indiscutible mérito en domar fieras ; pero en dominar y cambiar corazonces con otras armas que la coquetería, el fingimiento y el mimo... ¡ ah ! está la gloria en su más alto grado de esplendor...

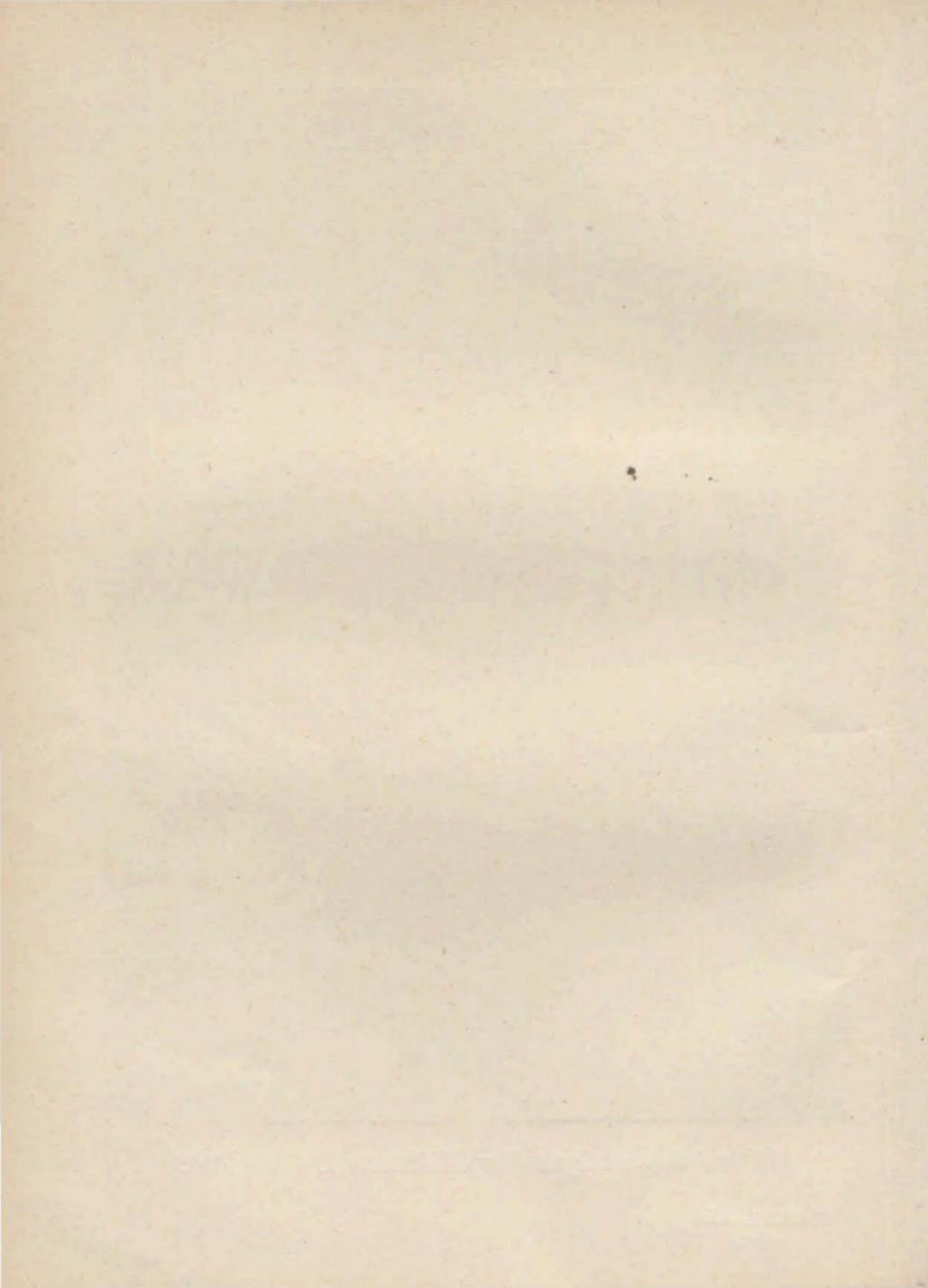
—Es usted excesivamente buena. Y por serlo, le voy a confiar que el cachorrito domado, es decir, el corazón cambiado, me va interesando casi tanto como el mejor de mis leones.

—No me disgusta que le interese, y hasta me lo había figurado ; es más : pienso que la domadora está al mismo tiempo domada... ¡ Qué quiere usted ! Hay dominios santos, esclavitudes dulces, prisiones donde se respira libertad... Por lo menos, rompen la cadena que nos sujeta a un empresario.

—Un poquito lejos va usted, pero no



Y las dos amigas despidiéronse... (Pág. 34.)



opongo objeción alguna. Yo misma no sé a dónde voy a parar.

—Ahora le voy a comunicar una triste nueva...

—¿Después de las dulzuras del te y de su casi profética visión? Aunque creo que ya he saboreado antes de ahora las amarguras a que usted alude...

—¿La partida de míster Louguin?

—Sí; sé que marcha a la guerra dentro de quince días.

—Pues ahora, un dulce para aliviar algo su pena... Su hermana política va a París, contratada en inmejorables condiciones. Estoy segura de que, si habla usted con ella, irá también a Francia para trabajar provechosamente durante una buena temporada.

—¿Y usted?

—Yo... ¡quién sabe! Tal vez mis ejercicios no sean del agrado de ese nuevo y para mí desconocido empresario.

—Iré a visitar a la señora Louguin ; pero ha de ser en compañía de usted.

—Convenido. Al atardecer, espéreme en su hotelito. Es conveniente que usted le hable primero y a solas.

Y las dos amigas despidiéronse hasta el atardecer, citándose en el coquetón hotelito que habitaba la señora Louguin, al otro lado del gran lago del parque.

IV

Miss Rixley había anunciado por teléfono a la señora Louguin la visita de la domadora. Su cuñado fué quien acudió al aparato telefónico y recibió el aviso, transmitiéndolo a la domesticadora de perros, y ofreciéndose a tripular el bote del lago para acompañar a miss Lovers.

¡Qué sorpresa recibiría al verle ! Pero no como aquella con que la asustó bru-

talmente, no ; ahora quería presentarse a ella como un joven bien educado, respetuoso, galante... interesado por su bien.

Cerca de una hora estuvo esperando en el embarcadero. Un siglo pareció esa hora a míster Louguin.

Al aparecer la joven, inclinóse él profundamente.

—¿ Es usted ?—dijo ella con dulce voz.

—Ya me ve. Sabía que iba a venir y...

—Y se ha ofrecido a ser mi barquero, ¿ verdad ?

—Me consideraré dichoso si me permite que la conduzca al hotelito de mi hermana — dijo míster Louguin, en actitud de desamarrar el bote.

—Supongo que no naufragaremos... ¡ Sería un susto mayúsculo !

—Aunque sea inmodestia el decirlo... he ganado tres medallas en regatas reales...

—¡ Ah ! *Pero un lago no es el mar...*

¿Sabe usted los peligros que acechan desde el fondo de un lago?

—Una domadora tan valiente, que desafía a los leones de la selva... ya sé yo que desafiaría también a los tiburones del estanque de un jardín... En cuanto a mí, sabré morir antes que el agua del lago moje las manos de la intrépida domadora de corazones, si es que esas manos no la tocan para lavar mis culpas...

Y miss Lovers embarcó en el bote, que, impulsado por los remos diestramente manejados por el joven, en un momento quedó atracado al pie del hotelito.

Durante el corto trayecto, los dos jóvenes hablaron de la movilización, de la marcha de míster Louguin al frente de combate y de lo terrible que debía ser la guerra. Míster Louguin marcharía contento. Sólo sentía dos cosas: dejar a su hermana sola con sus tres pequeñuelos, y... dejar también la grata compañía de



...al hotelito de mi hermana—dijo míster
Louguin. (Pág. 35.)

miss Lovers. Por lo demás, la patria le llamaba, y era obligación de todo patriota acudir al llamamiento.

Estos patrióticos sentimientos conmovieron más y más el corazón de la domadora. Acostumbrada a luchar con los egoísmos humanos, más terribles que los instintos sanguinarios de un león hambriento, estaba encantada de haber encontrado un joven con un fondo sentimental y valiente al mismo tiempo. ¡Y ella había contribuido a la perfección de aquella alma; al cambio radical de aquel corazón! Parecíale hechura suya... Un hijo a quien había educado con una sola lección...

La señora Louguin recibió a la joven con gran amabilidad. Conocía sus dotes excepcionales de artista, el mérito de sus arriesgados trabajos y el entusiasmo que despertaba entre los espectadores del circo. Además, conocía perfectamente su se-

vera e inquebrantable moralidad. Por eso, y por las simpatías que siempre le había inspirado, telefonó al empresario proponiendo, como elementos preciosos para la compañía en formación, a miss Lovers y a miss Rixley, ya que aquélla intercedió por ésta al pedir para sí.

Miss Rixley acudió a la cita con puntualidad. Allí estaba su amiga que, en dos palabras, dióle cuenta de las atenciones recibidas de la domadora, y de la eficaz recomendación hecha por ésta al empresario.

Eficaz he dicho, puesto que, una hora después, Bort, el hijo del empresario, entraba en la habitación de la señora Louguin, diciendo :

—Queda usted complacida, señora ; mi padre acepta su proposición, y le da las gracias por su interés. En los carteles del gran Circo de París figurarán los nom-

bres de las notabilísimas artistas miss Lovers y miss Rixley.

—Tenga la bondad de expresar a su señor padre el testimonio de mi reconocimiento y el de estas dos artistas a quienes tengo el honor de presentarle...

Tras las frases de rigor en estos casos, el joven saludó ceremoniosamente y salió de la estancia, dejando en ella a las artistas, que comentaron durante largo rato la generosidad y bondades del empresario señor Bort.

V

Louguin partió el día fijado. El sentimiento de separarse de los seres queridos quedó algún tanto aliviado ante la promesa de miss Lovers, de que sería una fiel e inseparable amiga de la señora Louguin, ayudándole en el cuidado de sus hijitos



...el joven saludó ceremoniosamente...
(Pág. 40.)

siempre que fuese necesario. ¿Quién podía hoy calcular lo que mañana acontecería a una y a otros? Louguin agradecióle estos sinceros ofrecimientos, prometiendo escribir muy a menudo y contar sus episodios guerreros para que miss Lovers conociera sus progresos militares y, sobre todo, el entusiasmo bélico de que es capaz un hombre que sirve a su patria y que lleva en su corazón un cariño y una esperanza...

Pocos días después, la compañía del Circo embarcaba hacia Francia en el magnífico vapor *Patrie*.

La señora Louguin, teniendo en cuenta el próximo regreso a Londres, dejó a sus dos hijos mayores en el colegio politécnico, y al menor al cuidado del ama en la pintoresca aldea cercana a la capital inglesa.

La travesía fué bastante triste para las domadoras de animales. No podían acos-

tumbrarse a la ausencia de los seres queridos. Su único consuelo era la reflexión que se hacían : la señora Louguin, de que iba a trabajar para ayudar a su esposo en la conquista de un porvenir tranquilo y agradable para sus hijos ; miss Lovers, de que también iba a luchar con los leones para conquistarse un porvenir... para... ¡quién sabe para qué más trabajaría ahora !

Encantábales el relato que el señor Bouvé, capitán del *Patrie*, hacía de las proezas de los soldados. El señor Bouvé contó que tenía un hijo en el frente de batalla. Era oficial de caballería, y un muchacho muy valiente.

Al oír la señora Louguin el número del regimiento a que estaba agregado el oficial Bouvé, se estremeció emocionada. Era el mismo en que prestaba sus servicios su marido. Esto sirvió para que pronto se estableciesen cordiales relaciones

entre el capitán y las artistas. Puesto que el oficial, por la calidad de servicios que le estaban asignados, hacía viajes a París cada dos días, y hasta con más frecuencia a veces, su padre le daría el encargo de traer noticias del comandante Louguin. La esposa escribiría a su marido recomendándole al oficial Bouvé.

Era preciso que ambos militares estuviesen unidos por los lazos de la amistad, ya que lo estaban por los de la disciplina, y se auxiliasen, en caso necesario, no sólo por los mandatos rígidos de la obediencia, sino también por los deberes del compañerismo y del afecto.

Al llegar al puerto, el capitán acompañó galantemente a las dos artistas por cubierta para despedirlas en la escalera.

—He tenido un verdadero placer en llevar a bordo a damas tan amables y distinguidas como ustedes. Les repito que



...el capitán acompañó galantemente a las dos
artistas por cubierta... (Pág. 44.)

mi hijo les dará noticias frecuentes del comandante.

—Muchas gracias, capitán. ¡Que Dios le premie sus bondades y le libre de naufragios y contratiempos marítimos!

—Y que a ustedes conceda los ruidosos éxitos que yo les deseo.

Y en una mañana tibia, con el cielo cargado de nubarrones que presagiaban próxima tormenta, la compañía del Circo desembarcaba del *Patrie*, y entraba en Francia para tomar el primer tren en dirección a París.

VI

La compañía actuó durante un mes con éxito creciente. El público parisiense asistía al Circo, atraído por los variados programas en los que figuraban números tan atrayentes como el de la celeberrima do-

madora de perros y gatos, y el de la intrépida e inimitable domadora de leones.

El empresario, hombre en cuyo corazón ardía el ferviente amor patriótico, había anunciado una función de gala a beneficio de los enfermos y heridos en la guerra. Esto aparte de las cantidades con que particularmente contribuía a la suscripción abierta con el mismo fin.

Los artistas, por su parte, querían hacer un derroche de habilidad, un esfuerzo digno del objeto a que la función estaba dedicada.

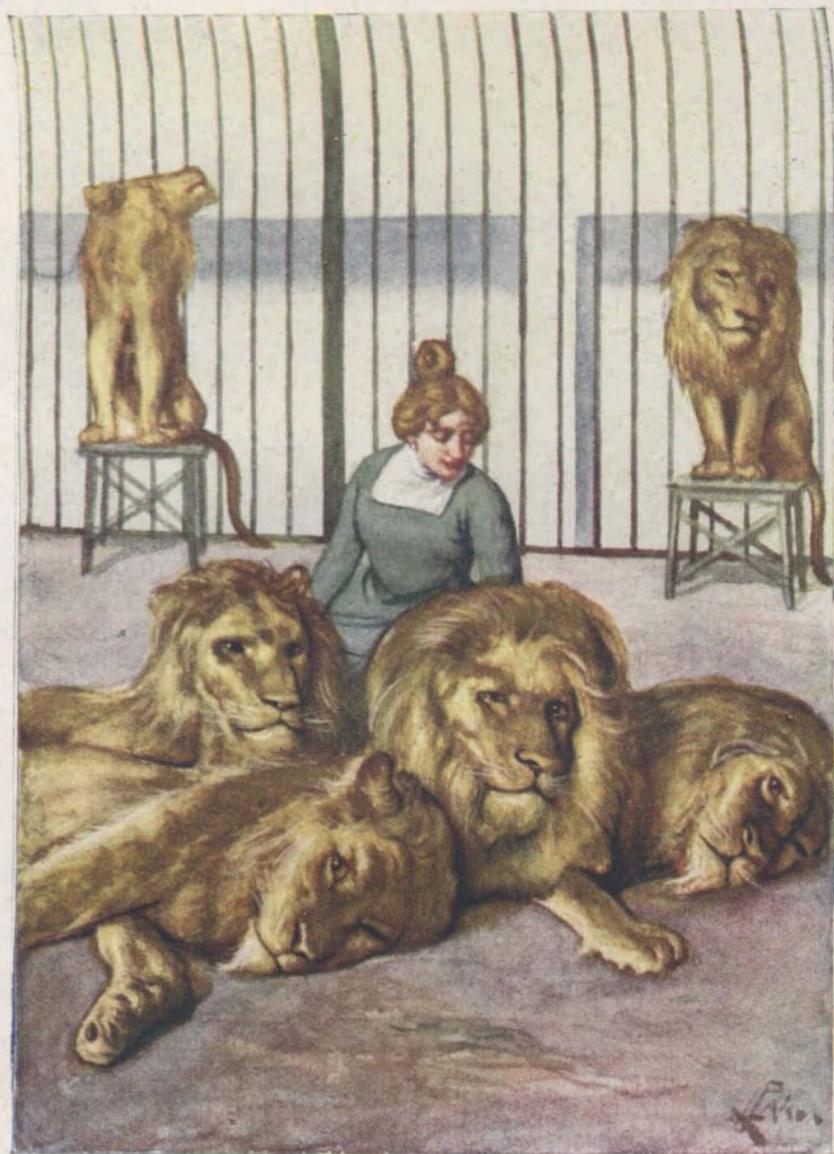
La señora Louguin, que estaba contentísima de las buenas noticias que recibía de su marido, tanto por las cartas que éste le escribía, como por conducto del simpático teniente Bouvé, trabajaba a todas horas, sin descanso, enseñando a sus perros y gatos nuevos y sorprendentes ejercicios de destreza y lucimiento. Su objeto principal era enseñarles a librar una ba-

talla, una batalla entre perros y gatos que sería la admiración de todos los espectadores. Terminada la temporada, volvería a Londres a descansar al lado de sus hijos, entreteniéndoles con los diminutos perritos *Rup* y *Tit*, que eran los mayores portentos, como excéntricos, en la raza canina.

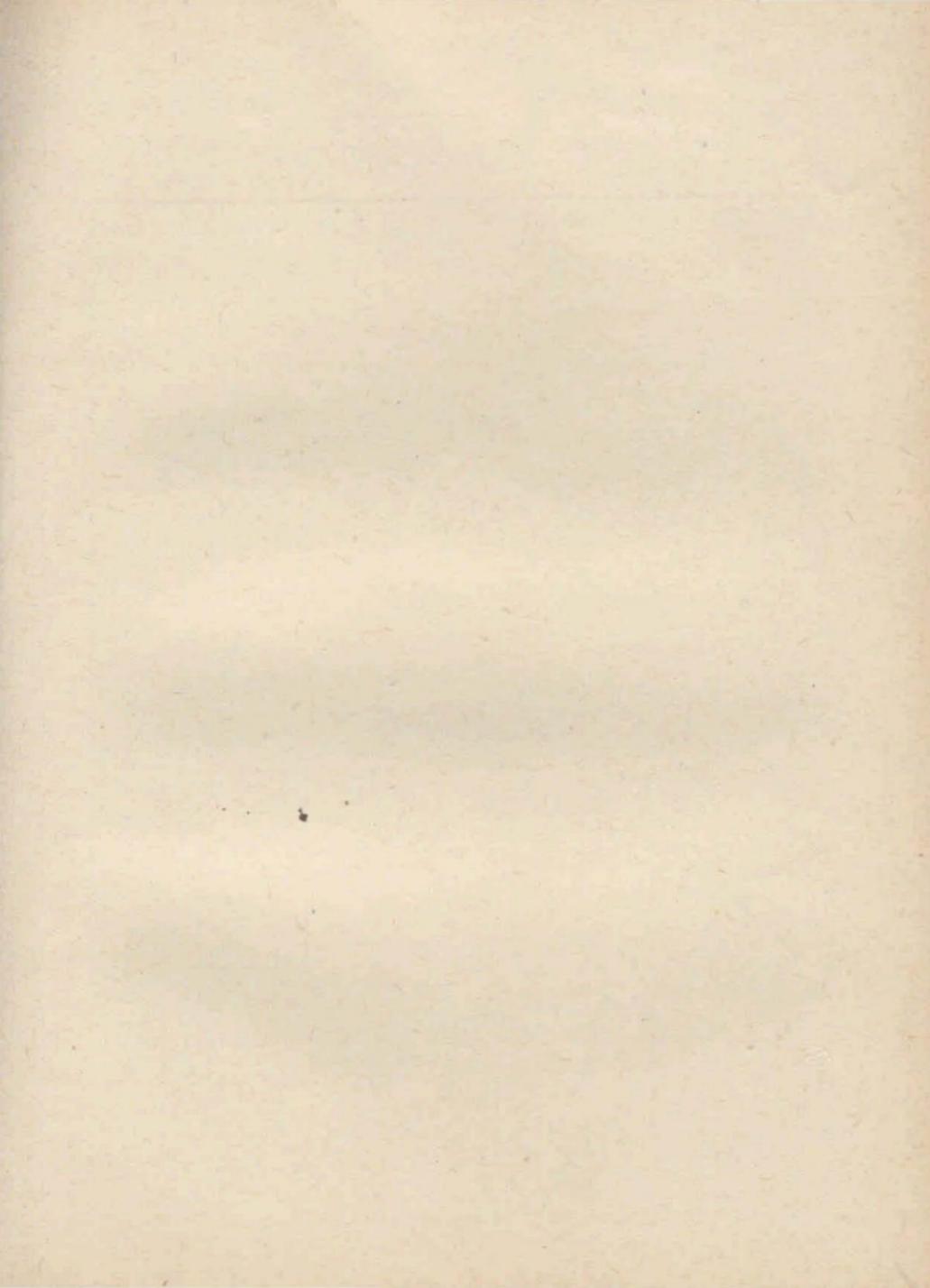
Miss Lovers también acariciaba sus proyectos. Permanecería en la jaula de los leones largo rato, acariciándolos, jugando con ellos, haciéndose la muerta, tendida sobre dos sillas, demostrando el completo dominio ejercido por ella sobre las fieras sanguinarias.

Miss Lovers recibía, casi diariamente, carta de m^{is}ter Louguin el acróbata. Ella contestaba inmediatamente, sin perder correo.

Esta correspondencia iba poco a poco fundiendo en uno los dos corazones. Él deseaba volver triunfante del campo de



Permanecería en la jaula de los leones largo rato... (Pág. 48.)



batalla, primero por patriotismo, y luego para convencer a miss Lovers de que había otra existencia más deliciosa y bella que la pasada entre peligrosos leones. ¿No le había confesado que sentía entusiasmo por los bravos militares? Pues bien; él procuraría ser uno de ellos. Ya era sargento... Haría méritos para el ascenso a suboficial... y luego a oficial... y luego... ¿quién sabe los grados militares que puede alcanzar un soldado que ama a su patria y a su...?

Cuando míster Louguin llegaba a esto, ponía puntos suspensivos, para que miss Lovers no se molestase con la verdadera palabra.

Y no; creemos firmemente que no se hubiera molestado.

Ella contestaba en tono altamente patriótico, y confesaba que... se cansaba ya de las fieras. No quería leones: ni de los irracionales, ni de los dotados de razón.

Su dicha sería ver que los hombres eran todos hermanos, que no se devoraban los unos a los otros. Cuando la paz llegase, y los combatientes de uno y otro bando se uniesen en apretado y fraternal abrazo, ella demostraría a alguien, que ahora estaba peleando por su patria, que el destello de cariño hacia un perrito no era más que la alborada de un día de amor a la tranquilidad del hogar en la dulce compañía de un buen esposo y de unos bellos angelitos.

¡ Y qué ánimo, y qué valor daban estas cartas al sargento Louguin !



El día de la función de gala estaba próximo. Miss Lovers tenía verdadero empeño en triunfar, por amor a los heridos y enfermos. A cada momento se le repre-

sentaba en su imaginación el triste cuadro de un hospital en el que había dos heridos graves : el comandante y el sargento Louguin. ¡ Quién sabe si trabajaría también por aquellos dos valientes !

Miss Lovers, no reparando en gastos, decidió presentarse con trajes nuevos. Para ir al Circo estrenaría uno, y otro para su presentación al público antes de entrar en la jaula a ejecutar sus arriesgados trabajos.

—El vestido de presentación quiero que sea obscuro ; modesto en la forma, pero bonito—había dicho a la modista.

Y ésta, en la última prueba, le decía :

—Descuide usted. No habrá artista con vestido tan sencillo y elegante como el suyo. Yo también quiero contribuir con mi trabajo al éxito que le espera...

—Es usted una modista patriota...

—¡ Ah ! ¿ Qué mujer hay que no lo sea ?
Sobre todo, las que tenemos nuestro co-

razón en las trincheras o en sus alrededores...

—¿De modo que su prometido es militar?

—Casi todos los prometidos de todas las jóvenes lo son. El mío es oficial de caballería. Ha ganado su empleo en el frente. ¡Es un bravo el teniente Bouvé!

—¿El teniente Bouvé ha dicho? ¿El hijo del capitán del *Patrie*?

—¿Lo conoce?

—Conozco a su padre. Además, sé que está agregado al regimiento en el que uno de los jefes es el esposo de la señora Louguin.

—¡Pobre señora!

—¡Pobre! ¿Y por qué? ¿Si tiene por esposo un héroe, y por niños tres ángeles!...

—¿Guardará usted el secreto? ¿Es una noticia terrible!



—Descuide usted. No habrá artista con vestido tan sencillo y elegante... (Pág. 51.)

—¡Terrible! Hable pronto... Guardaré el secreto...

—El comandante Louguin... probablemente habrá muerto a estas horas...

—¿Qué me dice usted?

—Hemos recibido carta de Alfredo Bouvé y en ella dice, suplicándonos la mayor reserva, que el comandante Louguin está gravísimamente herido... Alfredo llegará de un momento a otro.

—¿Su esposa no tiene noticia de la desgracia?

—Al menos por nuestra parte... nada sabe.

—Pues ahora soy yo la que le suplica que guarde el silencio más absoluto. ¡Pobre amiga mía! ¡Preparándose para la función de gala, mientras su esposo sufre en un hospital!

Y miss Lovers salió de casa de la renombrada modista con el corazón destrozado.

—¿Estaría herido también Enriquito?
Pero no; acababa de recibir carta de él, y no decía nada de heridas, ni de haber asistido a batalla alguna reciente...

VII

Los preparativos para la gran fiesta estaban terminados al anochecer. El jardín que da acceso al Circo ecuestre se hallaba adornado expresamente para la filantrópica función. Millares de luces, artísticamente colocadas, dábanle un aspecto fantástico, encantador. El empresario, acompañado de su esposa, aguardaba el momento de la llegada de las autoridades e invitados particulares para darles la bienvenida.

Una hora antes de abrirse la puerta de los jardines, presentóse un oficial de caballería preguntando por el señor Bort.

El oficial era el teniente Alfredo Bouvé. La misión que llevaba no podía ser más triste. Participar al señor Bort que el comandante Louguin había muerto como un héroe.

—Le suplico, señor, que oculte a su esposa, por el momento, la noticia de su desgracia.

—¡ Oh! Pero eso no basta. Sería una crueldad obligarla a trabajar esta noche...

—También quería pedirle ese favor. Y, puesto que se ha adelantado usted a mi súplica, le doy las más expresivas gracias. La última voluntad del comandante fué que su esposa abandone esta profesión y dedique el resto de su vida a educar a sus hijos en el amor a la Patria. Con la pensión que deja el comandante Louguin, su esposa no necesita trabajar para sí ni para sus hijos.

—Me parece muy bien. Por mi parte,



...presentóse un oficial de caballería preguntando por el señor Bort. (Pág. 55.)

prometo organizar otra función a beneficio de la viuda y de los huérfanos. Estoy agradecidísimo a los buenos servicios de la señora Louguin...



Entretanto, la señora Louguin, sentada en su habitación, acompañada de sus animalitos, con los que se había entretenido en el último ensayo para los trabajos de la noche, sintiendo un gran malestar, había quedado profundamente dormida.

Soñó cosas horribles.

Soñó que su cuarto era una fortaleza; que el enemigo se aproximaba con centenares de baterías de enormes cañones. ¡Y estaba sola con sus niños y sus perros! ¡Oh! ¡Si hubiera estado su esposo siquiera para defenderla! Los dos niños mayores atrancaron las puertas del fuerte y se

aprestaron a disparar con sus fusiles desde las aspilleras. Los perros ladraban furiosamente. Poco a poco, fuéronse convirtiendo estos animales en arrogantes soldados con vistosos uniformes. Los muebles eran ya potentes cañones que hacían temblar al fuerte a cada disparo. Pero todo era inútil. El enemigo estrechaba el cerco; los soldados del fuerte fueron cayendo uno tras otro, convertidos nuevamente en perritos que al morir miraban a su domadora con ojos espantados, y los fusiles de los niños se trocaron en escopetillas de juguete... En tanto, los gatos, apretándose contra las faldas de su dueña, mayaban con alaridos de niño recién nacido.

Ella no podía moverse; estaba paralítica, sufriendo la horrible pena de tener que entregar la fortaleza o morir. De pronto sintióse herida... Abrió los ojos, y... se encontró en su habitación con sus

perros y sus gatos. Un gatito, el más pequeño y travieso, la había despertado con un leve arañazo.

Pero la pesadilla trastornó de tal manera la cabeza de la domadora, que ésta se creyó realmente enferma.

El médico de la compañía, que la visitó inmediatamente, la encontró con un poquito de fiebre; pero no dió gran importancia a la indisposición.

Sin embargo, aprovechó la dolencia, a ruegos del empresario, para prohibir a la señora Louguin que trabajase en la función de gala. El señor Bort se libró de un gran peso. No sabía qué hacer para prescindir de la domadora sin que ésta se molestase o sospechase que algo grave habría sucedido para tomar con ella tal determinación.

La señora Louguin quedó en su cuarto, a solas con sus animalitos, que seguían jugando a la guerra, según las enseñan-



La señora Louguin quedó en su cuarto, a solas con sus animalitos... (Pág. 60.)

zas que les había inculcado, mientras que ella, cada vez más febril, continuaba viendo en su imaginación fantasmas extraños...

VIII

La gran sala del Circo está repleta de público que ha abierto sus bolsillos con generosa esplendidez en favor de los desgraciados.

Los números del programa vanse sucediendo en medio de nutridos aplausos y clamorosos vivas.

Miss Rixley ha ejecutado su primoroso trabajo de funámbula. Con una bandera en la mano, paseándose arrogante y serena por el alambre, ha despertado indescriptible entusiasmo.

Los *clowns* han estado prodigiosos, in-

imitables ; y sus chistes y sus payasadas, ingeniosas y alegres, han llenado la pista de monedas de plata.

Ha tocado el turno a miss Lovers. Para ella, esta noche es una de las más terribles de su vida. El deber de una artista es muchas veces penosísimo. Ahora comprende el mérito del payaso, que se ve obligado a hacer reír a los espectadores que le aplauden y le piden más risa... más risa... mientras el pobre *clown*, con su nariz roja y su traje estrafalario, tiene el corazón abatido, lacerado por el sufrimiento. ¡ Prodigioso arte que domina la Naturaleza y envuelve en mantos de alegría las más tremendas amarguras y apaga con el cascabeleo de la risa los tristes gemidos de la pena !

Ella no va a hacer reír precisamente ; pero tiene la misión de distraer al público aquella noche, sin ganas ni humor para ello.

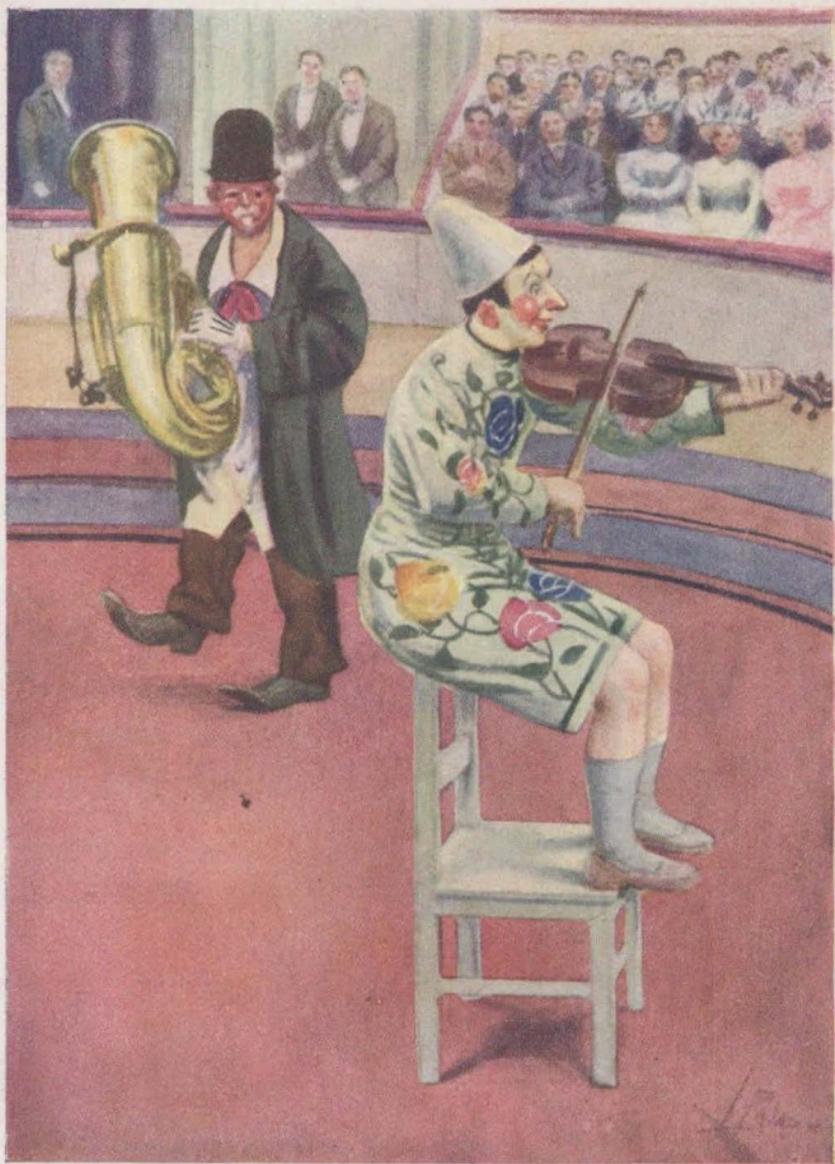
¡Qué dolor! ¡Trabajar atormentada por la angustia que le causaba la infausta nueva!

Miss Lovers se ha encerrado en la jaula con los leones. El criado y ayudante amedrenta a las fieras que rugen sin cesar, como presas de inquietud extraña, con sonoros chasquidos de látigo y con disparos de revólver.

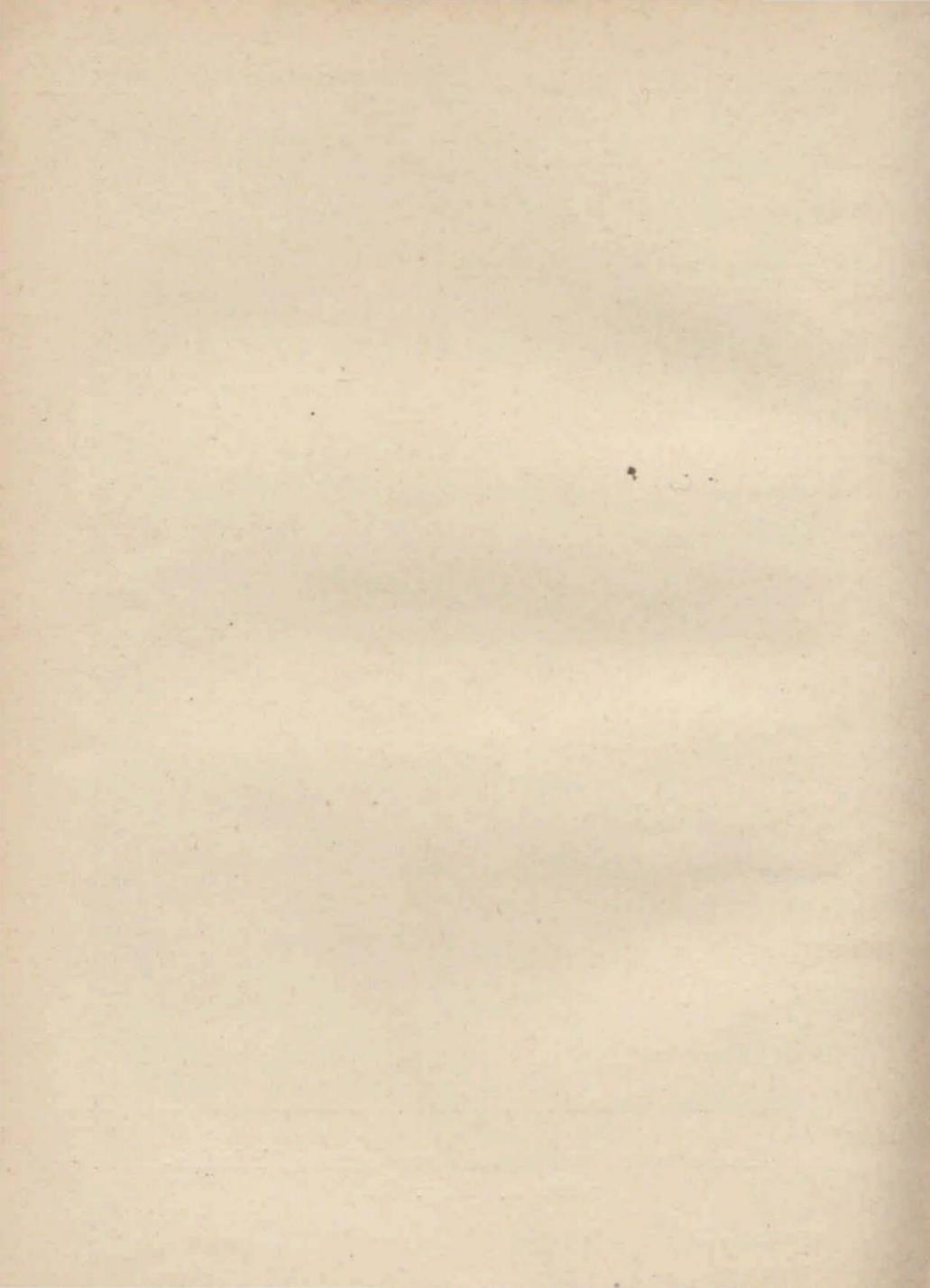
Y miss Lovers, rígida, serena, inmóvil, tendida sobre dos sillas, simula un sueño profundo, cataléptico, en medio de los terribles leones, que dan muestras de la más imponente fiereza.

El público contiene la respiración, siguiendo atentamente los detalles del peligroso ejercicio.

Y cuando miss Lovers, después de haber logrado que las fieras se tendieran a sus pies, tímidas, sumisas y dominadas, sale de la jaula, airosa, arrogante, retratado el éxito en su faz risueña, y el públi-



Los *clowns* han estado prodigiosos, inimitables... (Pág. 62.)



co la aclama delirante y llueven sobre la pista nuevamente monedas de plata : preciosas gotas de rocío que han de refrescar los labios de tantos jóvenes devorados por la fiebre.

La función de gala había terminado.

Tras los últimos acordes de la nutrida orquesta, los espectadores fueron desfilando poco a poco.

El Circo quedó solitario ; y los artistas, después de haber visitado a la señora Louguin, interesándose por su salud, retiráronse a descansar.

La única que no se marchó a dormir fué miss Lovers. Quiso acompañar a su amiga en su triste soledad. Además, sabía por el médico, que la había vuelto a visitar inmediatamente después de la función, que la señora Louguin se había agravado. El aspecto de su rostro delataba un extraordinario sufrimiento. ¿ Habría sospechado la desgracia ? ¿ Habríansela comu-

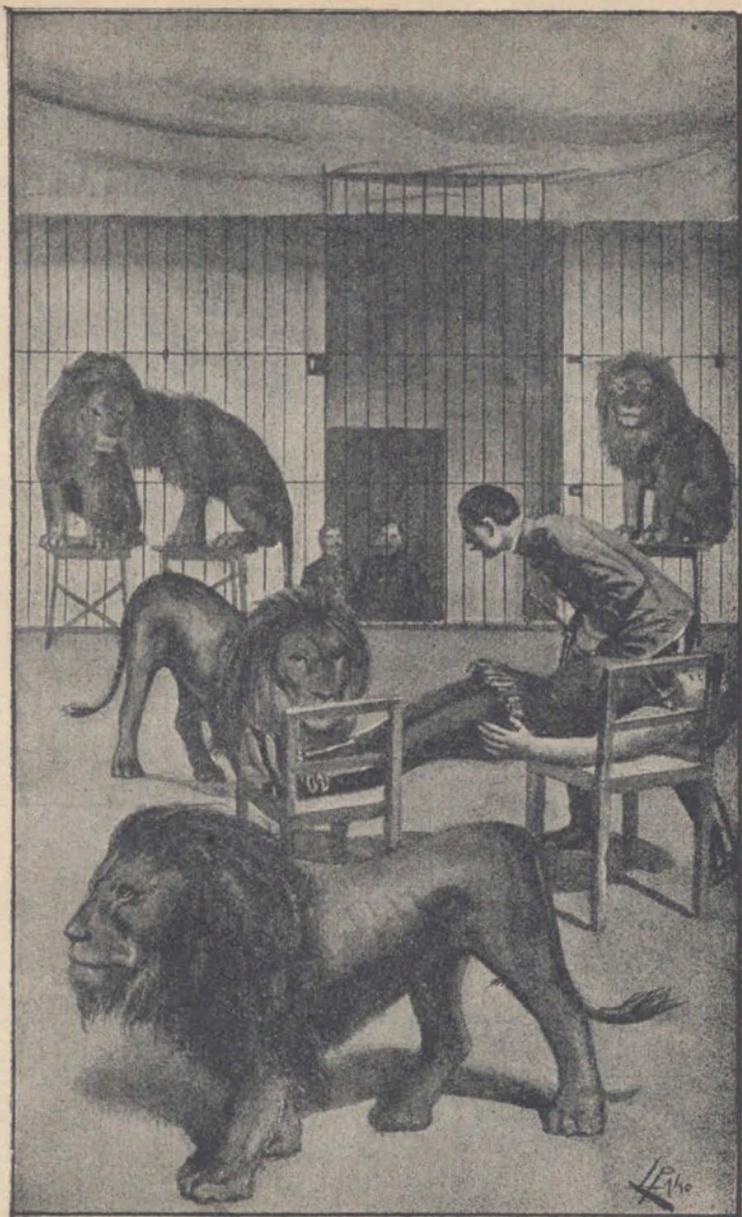
nicado? Nadie lo sabe. Lo cierto es que la enferma, grave como estaba, y quizás sin comprender su gravedad, no quiso acostarse, ni separarse de sus fieles animalitos.

Al amanecer, momentos después que miss Lovers había salido de la habitación de su amiga dejando en sus manos una tacita de leche, y diciéndole que al momento volvería, en prenda de cuya promesa dejábase allí, sobre la mesita, su mismo desayuno, oyóse un gran estrépito en el aposento de la domadora.

A un tiempo entraron miss Lovers y los dos clowns de la compañía, que ocupaban las habitaciones próximas y habían madrugado para ensayar unas pantomimas que harían desternillar de risa a los concurrentes a la función de la tarde.

El cuadro que se presentó a los ojos de los tres artistas era desconsolador.

La señora Louguin había sufrido un



...serena, inmóvil, tendida sobre dos sillas,
simula un sueño profundo. (Pág. 64.)

desvanecimiento tal vez, y hacía esfuerzos para no caer al suelo agarrando fuertemente con la mano la silla en que estaba sentada.

Al sentir el desfallecimiento, la señora Louguin había dejado caer la taza de las manos, derramando la leche sobre el vestido, y, quizás por pretender apoyarse en ella, había volcado la mesita, cayendo al pavimento, hecho pedazos, el tazón que contenía el desayuno de miss Lovers.

Los perros, insensibles al dolor de la domadora, lamían a porfía el líquido desayuno.

Este detalle grabóse profundamente en el corazón de miss Lovers. En tan críticos y dolorosos instantes, aquellos seres, a cuya educación había dedicado la señora Louguin largas horas de paciencia y cariño, ni siquiera le dirigían una mirada de compasión y ternura.



...la señora Louguin había dejado caer la
taza... (Pág. 68.)

La señora Louguin fué trasladada al lecho por dos enfermeras.

La fiebre fué aumentando.

El médico, en su última visita, movió tristemente la cabeza. La enfermedad no tenía remedio.

Miss Lovers no se apartó un momento de la cabecera de su querida amiga.

En medio de sus delirios, la enferma gritaba desesperadamente :

— ¡ Oh ! ¡ Qué desgracia ! ¡ Qué terrible desgracia !

Y en algún momento de lucidez, mirando a su amiga con singular dulzura, como implorando compasión, exclamaba :

— ¡ Por Dios ! ¡ Le encargo mis hijitos !

— ¡ Esté tranquila !—contestaba amorosamente miss Lovers—. ¡ Sus hijos serán mis hijos ! Yo se lo juro...

Y, consolada por estas palabras de su fiel amiga, dejó de existir la célebre domadora.

Todos creyeron que, si no tuvo noticia de su desgracia, la presintió, y que este presentimiento, ahondando en su pecho con una persistencia cruel, la llevó a la tumba.

Lo primero que hizo miss Lovers a su llegada a Londres, fué ceder su colección de leones al Parque Zoológico Nacional. El gobierno recompensó espléndidamente a la generosa domadora, teniendo en cuenta, además del sacrificio que este acto suponía, el mérito de aquellos hermosos ejemplares de la familia de los félicos.

Después instalóse en una casita coquetona, situada en uno de los barrios más sanos y pintorescos de la población.

Estaba obligada a ser una madre de aquellos tres lindísimos angelitos que su amiga había dejado solitos en el mundo, rogándole que no les abandonase...

No; no les abandonaría. Conocedora

del mundo y de sus engaños y falacias, procuraría educarles en el saludable ambiente de la virtud, que es la coraza más firme para resistir los golpes del infortunio, y fomentaría en sus corazoncitos el más ferviente e intenso amor a la Patria.

¡Religión! ¡Patria! He ahí los dos grandes afectos que, como dos bellas y aromáticas flores, perfumaban la tranquila existencia de miss Lovers en el poético retiro de su linda casita.

En ella no se respiraba más que alegría, mucha alegría; porque la virtud no es triste, ni melancólica, ni taciturna: es luz esplendorosa, gozo inefable, dulzura exquisita, celeste armonía, santo amor, vida plácida en que el alma saborea los encantos de la dicha.

¡Y qué dichosa, y qué feliz era miss Lovers con los tres niños!

Tenía la casa repleta de juguetes.

Para la niña, muñecas, cunas, cocinitas, toda clase de muebles en miniatura. Para los niños, soldados, cañones y trajes guerreros.

Cuando los mayorcitos llegaban del colegio, en la casa reinaba el bullicio más animado y encantador ; el que alejaba las penas que, a veces, pretendían introducirse furtivamente en el pecho de miss Lovers, disfrazadas de dolorosos recuerdos.

Ella misma cantaba patrióticas canciones o un pasodoble guerrero, que los niños coreaban y bailaban con entusiasmo...

Entretanto, la ex domadora seguía recibiendo cartas de Enrique.

¡ Oh ! Ahora no era el sargento, sino el teniente Louguin, que ostentaba sobre su pecho honrosas condecoraciones.

En la última carta decía a miss Lovers, entre otras cosas, lo siguiente :

«No me cansaré de reiterarle mi más

profundo agradecimiento por su bondad sin límites. Desde un principio vi que poseía usted un excelente corazón; pero nunca pude soñar que llegase a tal extremo en su sacrificio.

»¡ Gracias, gracias !

»Me ha proporcionado satisfacción inmensa lo que me dice usted en su última.

»¿ Conque ignoraba los placeres de que se disfruta fuera de su... antigua profesión de domadora de fieras ? ¿ Que los niños la encantan con su inocencia, su ingenuidad y su franca alegría ? ¡ Ah ! ¡ quién volviera a la tierna edad de la infancia ! Ya ve cómo esos niños le hacen olvidar la fiereza de los leones y el egoísmo de los hombres. ¡ Justo premio a la hermosa acción de recogerlos y ampararlos ! Seguramente que esos angelitos, si acaso la ven algún día atribulada o enferma, lo que Dios no permita, no permanecerán insensibles en su presencia, como



...cantaba patrióticas canciones o un pasodoble... (Pág. 73.)

ante las agonías de mi inolvidable hermana los perritos que educó durante tanto tiempo prodigándoles cuidados y caricias.

»Espero con ansia el momento de cumplir mi promesa... aceptada por usted, de ser, en su compañía, y con la bendición de Dios, el padre de mis queridos sobriños.

»Mientras llega ese anhelado instante, continúe siendo para ellos, como hasta aquí, una madre cariñosa, y para mí... una consoladora esperanza.

»ENRIQUE.»



Y allí está miss Lovers, fiel a su amiga, ejerciendo dignamente de madre, cuidando aquellos preciosos niños, y fiel a Enri-

que, esperando que la paz bendita llegue pronto, y, con ella, el regreso del teniente... o del capitán Louguin ; quién sabe!, para, unidos los dos por el santo lazo del matrimonio, ser los dichosos y afortunados padres de aquellas tres preciosas criaturas, flores de juventud.

FIN



Biblioteca Selecta

VOLUMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen, 1.º
11. Cuentos de Andersen, 2.º
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra
34. La virtud del
35. Fábulas de Iri
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloque.
39. Una ciudad flotante, 1.º
40. Una ciudad flotante, 2.º
41. Miguel Strogoff, 1.º
42. Miguel Strogoff, 2.º
43. Las Indias negras, 1.º
44. Las Indias negras, 2.º
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma. — El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolín.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac, 1.º
58. Héctor Servadac, 2.º
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los hijos del capitán Grant, 1.º
63. Los hijos del capitán Grant, 2.º
64. Los quinientos millones de la Begún.